

Tierra y Libertad

La hora del anarquismo No hay diferencia La república y nosotros

Si las teorías ácratas no contaran con posibilidades de realizarse, no influirían en nada en el desarrollo colectivo de los pueblos, y las multitudes apartarían de sus apóstoles y sus poetas. Ese grandioso contingente de masas que alrededor del anarquismo se mueve, intensificando la lucha contra la autoridad y el capitalismo, influido poderosamente por las gestas admirables de los abnegados ácratas, demuestran elocuente cómo las ideas anarquistas van tomando forma expresiva en la mente de las masas y pueden trocarse en magnífica realidad por virtud de circunstancias adversas al capitalismo que nadie podrá evitar ni contener sin exponerse a perecer en la lucha.

Aun es motivo de admiración la concepción libertaria de la vida descrita por Goldwin, Proudhon y Guillaume, superada y con relieves más acabados por Reclus, Kropotkin, Malatesta... Las multitudes continúan entusiasmandose al conjuro del verbo anarquista, que es flagelo y es ariete contra las injusticias sociales, la opresión sistemática y cruel de los gobiernos y los dolores humanos...

Al encarnar en las multitudes las teorías ácratas, expandidas éstas de las aristocráticas agrupaciones al corazón del pueblo, el anarquismo se trueca en movimiento de masas, en la acción demolidora de los pueblos que marchan decididamente a su total emancipación, a su liberación absoluta.

Fruto de la actividad anarquista en el siglo pasado, consecuencia de la interpretación anárquica de la vida por las clases humildes, fué la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores. En sus primeros años de lucha, la Internacional, actuando siempre al margen de la acción parlamentaria, obedeciendo a los más puros principios de acción directa, esgrimiendo como principio de lucha el concepto: «la emancipación de los trabajadores es obra de los trabajadores mismos», representó un serio peligro para la sociedad burguesa autoritaria. Había momentos en que parecía que la revolución social, propagada por los internacionalistas como medio de destrucción del capitalismo y del Estado, iba a estallar súbita y tumultuosamente, sin que nadie pudiera evitarla ni contenerla.

Empero, a partir del Congreso de La Haya (1872), a consecuencia de la división de Marx y Bakunin, la Internacional pierde fuerza y muchas organizaciones obreras se entregan a la política y a la colaboración de clases. Las teorías marxistas consintieron el acceso de mentalidades burguesas en las luchas del proletariado, naciendo, fatalmente, la tendencia parlamentaria y la necesidad de la lucha política en los medios obreros. Resultado de la labor marxista, fué la degeneración de las organizaciones obreras hacia el campo socialista, supeditadas a los intereses y a la política de los partidos. Así fué cómo el capitalismo, en los propios medios obreros, encontró apoyo y pudo evolucionar sin grandes trastornos ni oposiciones.

Actualmente, muchos partidos políticos aun arrastran contingentes bastante apreciables de trabajadores, que no solamente retrasan el hecho violento de la revolución, sino que actúan enérgica y abiertamente contra los mismos trabajadores y en defensa de los intereses de la política y los capitalistas.

Nunca como ahora habíase sentido tan intensamente la intervención anarquista en las luchas sociales. El capitalismo se resiste a darse por derrotado a pesar de su marcha precipitada al caos y a la muerte. Quiere provocar una situación de barbarie inusitada en

los pueblos que los conduzca al exterminio y a la locura.

Internacionalmente, el anarquismo es levanta como única esperanza, como única salvación.

Aunque en muchos países las fuerzas anarquistas son relativamente débiles, poco consistentes, confiamos en que las masas, instintivamente, sabrán comprender el camino que han de seguir, completamente apartado de la política y la autoridad.

En la autoridad radica el veneno de todos los males, la fuerza protectora de los intereses completamente opuestos a los del proletariado. El pueblo, con su instinto ciego, casi infalible, ya sabe que es contra la autoridad que debe manifestarse, contra las instituciones armadas, contra todo lo que defiende al capitalismo y está en contra de las aspiraciones justas y equitativas de los trabajadores.

Las teorías ácratas, vivientes y palpitantes en el alma de los pueblos, se trocarán en realidad palpable si la humanidad no quiere verse arrastrada por el ígneo torbellino de las guerras y los desastres que el capitalismo provoca.

Puerta de salvación abierta al campo de la libertad es la revolución social. Quien no quiera salvarse que perezca aplastado bajo el peso de las monstruosidades del capitalismo; nosotros no aceptamos esta responsabilidad, propagamos el derecho a la insurrección armada, a la revolución violenta, al exterminio sin complacencias del capitalismo y cuantas instituciones lo defienden. A. G. GILBERT

No faltará quien quiera hacer ver que en realidad existe una gran diferencia; lo sabemos por anticipado.

Se nos dirá que en la Monarquía, el pueblo español tenía que soportar el peso económico y moral de la casa real, y más aún, que en el régimen monárquico vivían todos menos los que trabajaban; de acuerdo. Por esto y para mejor vivir, el pueblo fué contra la monarquía para implantar la República. Se implantó la República con la ayuda de los trabajadores. ¿Y luego qué? Pues que la Monarquía no hizo más que cambiar de nombre, dejando plaza de rey a presidente.

Este será, por vía legal de la política gubernamental, lo que el rey era en la monarquía: un tirano del pueblo, si éste no quiere dejar de ser esclavo. La diferencia real que encontramos del régimen monárquico al republicano es que si antes todos comían menos los que trabajaban, hoy, con la República, aumentó el número de los que comen sin trabajar y mantuvo los mismos vagos que la monarquía mantenía.

La comparación la atestiguan los seis asesinatos de San Sebastián por los «máuseres», los asesinatos del Parque de María Luisa, en Sevilla, y la morrocotuda ley de fugas aplicada en las puertas de la Jefatura de Barcelona.

Los amigos de la República pueden frotarse las manos satisfechos, como el rey «chulo» se las frotaba cuando el asesinato de miles de jóvenes vidas en Annual, y con la chulería de ¡olé los hombres!

ELEUTERIO PEREZ

Con la instauración de la República en España han ocurrido una infinidad de hechos políticos e históricos que los anarquistas debemos aprovechar en beneficio del ideal.

Hasta el 14 de abril de 1931 eran muchos los ciudadanos españoles que creían de buena fe que un Estado republicano, un gobierno democrático elegido por sufragio popular era el desideratum de las aspiraciones populares y que llegada su implantación el pueblo soberano gozaría de las excelencias de un régimen de igualdad, libertad y fraternidad, aparte de su mejoramiento en todos los órdenes.

Crefanse exageradas nuestras predicciones cuando afirmábamos que un Estado republicano o monárquico o con la etiqueta que se le pueda dar, no es más que una institución de fuerza puesta al servicio de la injusticia social; que un Estado, sea el que fuere, ha de defender las instituciones que le dan su razón de ser, como son propiedad, religión, etc., etc., y por tanto los heredados de la fortuna nada pueden esperar por parte de un Estado tal para el mejoramiento de su condición.

Si en algunas repúblicas los trabajadores han conseguido un mayor bienestar que en otros estados, no es gracias a éstos, sino que obedecen a otro orden de cosas.

Y es que en estos países, el desarrollo industrial ha adquirido mayor empuje, gracias a la actividad y decisión del capitalismo adoptando toda innovación de maquinaria moderna y al

mismo tiempo adaptando el personal a las exigencias de la mecánica, produciendo de una manera metódica igual producción diaria; haciéndole producir al trabajador el máximo se le ha asignado una mayor retribución.

Mil ejemplos se pueden citar de la manera de producir en todos los países industriales del norte, en los cuales se ha implantado el taxímetro y la tarifa para que el operario produzca siempre igual y no se encarezca el producto.

En España nada de esto acontece; industrialmente no podemos competir con estos países, pues el industrialismo desorganizado es, además, pobrísimos. Por otra parte, el trabajador español no se amolda a esta manera de mecanizarse y por lo tanto, al no tener un tipo fijo para la producción no puede competir con la producción extranjera, que resulta más barata y más perfecta. Hemos de reconocer que en estas condiciones es muy difícil el mejorar la situación económica del proletariado.

Como podemos comprender por los hechos, el mejoramiento económico del obrero depende del estado del industrialismo, de la agricultura y de las fuentes de riqueza del país. Desgraciadamente, en España el problema es de casi imposible solución.

Tengamos en cuenta que el Estado de por sí nada produce y nada puede dar; todo cuanto posee lo ha de usurpar al que produce, en forma de impuestos, contribuciones, etc. Para defender este derecho que él se ha creado, ha organizado todas las instituciones de fuerza y las que le son anexas, como son tribunales, cárceles, etc. Por lo tanto nada podemos esperar del gobierno.

Por todo lo expuesto se comprenderá que las profecías de los anarquistas al afirmar que los estados capitalistas son idénticos en resultados, las verán confirmadas en la práctica los que creían en las excelencias de un estado republicano.

Hemos visto que nada ha cambiado; que el propietario, como el religioso, el capitalista, como el hambriento, siguen existiendo igual y que el que protesta es víctima por los mismos procedimientos de atañeo.

No es la burguesía; no es la religión lo malo; no es tal o cual burgués o político el detestable, son las instituciones y los sistemas lo que hace obrar en esta forma a los individuos. Cambiaríamos los personajes y el resultado sería el mismo. Nada podemos esperar, pues, de las formas políticas de convivencia social, siendo así que todas se basan en el sometimiento de unos hombres a otros.

Sólo una organización de agrupaciones libres federadas entre sí para la producción y el consumo, desterrando toda explotación y todo poder coercitivo, es capaz de solucionar este desajuste social. El ideal anarquista es el único que no puede defraudar al pueblo y a los que quieren el imperio de la justicia.

El momento anarquista es de educar al pueblo, de enseñarle a conquistar sus derechos y llenar sus deberes en el futuro.

RAPHAEL

COMO SE SOSTIENE EL REGIMEN CAPITALISTA

Las fuerzas de seguridad de todos los países, en acción



1. En una manifestación en Varsovia, la fuerza pública emplea bombas de gases lacrimógenos para disolver una manifestación. 2. Policías de Tokio cachondeando a los miembros de una reunión comunista clandestina. 3. Guardias parisienses preparados a toda eventualidad durante una manifestación de huelguistas. 4. Mujeres indias atacadas por la fuerza pública durante los últimos disturbios en Bombay. 5. La policía polaca disolviendo con mangas de riego una manifestación estudiantil.

Desde Elda

Con esta fecha y nombre de «Amor y Libertad», nace a la luz de las ideas un grupo de hombres que no dicen cómo ni cuánto, han de aportar al campo de las mías.

Pero les interesa decir, que vienen dispuestos, dado su carácter y temple, que, a las palabras arte mágico de convulsión a los pueblos, prefieren la acción como consecuencia lógica de espíritus bien templados...

Práctica y Acción, es nuestra lema. Un calado y abrazo fraternales a cuantos sufren persecución y encierro y un recuerdo latente, cálido y cariñoso, a nuestras caras y por caras sentidas ideas, hijas directas de nuestra amantísima F. A. I., símbolo de Asercia.

Salud, R. y A.